

PROYECTO DE UNA NUEVA CULTURA
Intervención del P. Gerardo Remolina Vargas, S.J.,
Rector de la Pontificia Universidad Javeriana,
en el lanzamiento del Simposio Javeriano sobre
“La Realidad y el Futuro de Colombia”
(Santafé de Bogotá, mayo 25 de 2000)

Agradezco muy cordialmente a todos ustedes su participación en este acto de lanzamiento del Simposio Javeriano sobre ***“Colombia, una visión Prospectiva”*** . Quiero agradecer muy especialmente al Señor Vicepresidente de la República, Doctor Gustavo Bell Lemus, y al señor Expresidente, doctor Alfonso López Michelsen, - quienes nos honran con su presencia, y nos enriquecerán con sus aportes en este acto. Un agradecimiento muy especial también para los Exalumnos de la Universidad, aquí presentes como miembros de la Unión Javeriana.

Este Simposio obedece a la profunda convicción institucional y personal de que la Universidad colombiana y – en concreto, nuestra Universidad Javeriana- no sólo puede, sino que **debe** dar un aporte significativo a nuestro país, en estos momentos históricos de crisis, es decir, de grandes oportunidades..

El dinamismo de reflexión y estudio que queremos iniciar o, mejor continuar, en el día de hoy, pretende servir de base para revisar, actualizar y reformular

nuestra “Misión” institucional, de manera que ella nos permita ser más eficaces e incisivos en el servicio que, desde la academia, queremos prestar al país. Para ello he venido proponiendo a la Universidad, desde los comienzos de mi Rectorado, trabajar en la concepción de tres proyectos que juzgo claves para dicho propósito: Un “*Nuevo Proyecto de Nación*”, un “*Nuevo Proyecto de Cultura*” y un “*Nuevo Proyecto de Comunicación Social*”. En esta intervención deseo referirme al “*Nuevo Proyecto de Cultura*”, pues aunque los otros dos son igualmente importantes y complementarios entre sí, éste parece tener un cierto carácter englobante.

1. La cultura

La cultura es la expresión del alma de un pueblo. Pero no es sólo su expresión; es también todo aquello que va conformando el alma de un grupo, o de una colectividad: los principios, los valores, las actitudes, las costumbres y sus demás formas de expresión, incluidas –desde luego- las folclóricas.

Dolorosamente tenemos que reconocer que a nuestra patria no sólo la aqueja “El malestar de la cultura”, -de que hablara Freud- sino que se halla gravemente enferma. Y lo está, no solamente en sus manifestaciones y expresiones; sino en su misma alma. De ello no nos cabe la menor duda. El alma, en efecto, se manifiesta necesariamente en sus acciones y modos de proceder. Y las acciones y modos de proceder generalizados en nuestra

sociedad colombiana demuestran ampliamente la gravedad de su enfermedad: la violencia, la corrupción, y la injusticia, por ejemplo, no son sólo simples

manifestaciones accidentales y exteriores, sino que tocan las estructuras mismas de su espíritu.

Sin duda alguna, las estructuras económicas, sociales y políticas de nuestro país requieren una transformación profunda y urgente. Los temas puestos sobre las mesas de negociación con la guerrilla, así como los puntos de reforma política propuestos por el gobierno, los partidos políticos y la sociedad civil, indican, sin duda alguna, elementos fundamentales de una necesaria y urgente transformación. Y si queremos ser todavía más atrevidos, podríamos decir que requieren una verdadera revolución, de ninguna manera violenta, sino pacífica; pero real. Sin embargo, la transformación de las estructuras, desde todo punto de vista indispensable, se convierte en un puro andamiaje carente de soportes y de consistencia, si no está cimentada y sustentada por una transformación del interior de todos nosotros como seres humanos y como miembros de esta sociedad. En otras palabras, se requiere la transformación del alma de nuestro pueblo, del cual formamos parte todos y cada uno de nosotros, los aquí presentes.

Es aquí donde se ubica la necesidad, no sólo de un *“Nuevo Proyecto de Nación”* que considere la transformación de las estructuras económicas, sociales y políticas, o de un *“Nuevo Proyecto de Comunicación Social”* que haga efectivos los principios éticos de la libertad responsable de información

y de expresión en la conformación de la opinión pública, sino también la necesidad de un “*Nuevo Proyecto de Cultura*” que busque sanear desde lo más profundo la fuente misma de nuestros comportamientos.

2. Dos formas de entender la cultura ¹

La cultura puede entenderse de múltiples maneras. Arriesgándonos a una cierta generalización, podríamos decir que hay, por lo menos, dos conceptos fundamentales de cultura: el concepto clásico, tradicional, y el concepto empírico, popular de la misma.

El **concepto clásico** de cultura se refiere a la llamada “alta cultura”, es decir, al cultivo depurado y refinado de ciertas manifestaciones del espíritu humano: la música y la danza, la poesía y la escultura, la pintura y el arte en general; se refiere al conocimiento de la producción literaria, histórica y filosófica de maestros reconocidos como grandes autores y al esfuerzo por superarlos; se refiere al cultivo del conocimiento en los grandes centros académicos, círculos intelectuales e institutos de investigación, etc. La cultura, entendida en esta

forma es la que, de una u otra manera, jalona y dinamiza las demás manifestaciones culturales.

Es en esta noción clásica, como plantea, por ejemplo, el número de la revista “*Semana*” correspondiente a abril 24 – mayo 1º del presente año, su

¹ Tomo esta doble concepción de cultura del Filósofo y Teólogo canadiense **Bernard LONERGAN**.

“*Informe especial: Pulso a la Cultura*”. En él se mide la actitud de los colombianos frente al arte, al teatro, al cine, a la lectura y la música”.

La cultura, considerada de esta manera, podríamos decir que es la cultura de las élites, así se haya hecho el intento de democratizarla en forma notable por el mercadeo de la sociedad de consumo.

Pero existe también un **concepto empírico** de la cultura, igualmente válido y complementario del anterior. Este concepto hace referencia al cultivo de principios, valores, actitudes, hábitos, costumbres y formas de expresión de la vida cotidiana. Es la cultura del día a día: de las formas de relación con los demás, del comportamiento ciudadano, del trato interpersonal, de la vida del comercio y los negocios, de la organización del tiempo y del transporte, del tratamiento que le damos a las cosas privadas y públicas: a la calle y al bus, al parque y al teatro, al teléfono público, a las aceras y andenes. Todo ello está sustentado por una actitud interior de atención o desgreño, de respeto o descortesía, de dignidad o de bajeza, de justicia o de injusticia, etc. La cultura es, al fin y al cabo, un tejido de relaciones con las personas y las cosas, que implican actitudes profundas del espíritu. Este concepto empírico de cultura ha penetrado cada vez más en nuestra sociedad; es así como hablamos de la cultura de una empresa o de una institución, es decir de su clima institucional y los principios y valores que lo conforman.

Al hablar de un nuevo proyecto de cultura, me refiero a los dos tipos del concepto: tanto al clásico, - de la alta cultura -, como al empírico, - de la cultura cotidiana -.

3. Necesidad de un nuevo proyecto de cultura en sentido clásico

Sin duda alguna, en Colombia es indispensable un nuevo de proyecto de cultura que implique el cultivo de las más refinadas manifestaciones del espíritu. Se requiere recuperar el sentido de nuestra historia, de nuestro arte, de nuestra

literatura, de nuestra música, de nuestro deporte y sobre todo, de nuestra educación. Y es necesario promover, impulsar y fomentar nuestro crecimiento y superación en estos campos, teniendo presentes los más altos niveles de realización en el campo artístico, académico y científico. Esto permitirá que el alma colombiana se sienta jalonada y exigida por las más altas manifestaciones del espíritu. Tradicionalmente, esta tarea ha sido confiada a los Ministerios de Educación y de Cultura, organizados de diferentes maneras en los diversos países; y se refiere a las políticas, medios económicos y ejecutorias para lograrlo.

En este campo, el país necesita claras políticas y mecanismos de promoción de la investigación científica y tecnológica. Hace muchos años, en la coyuntura de reconstrucción de Israel, Albert Einstein afirmaba: *“Sólo el desarrollo de la experiencia tecnológica le permitirá a Israel triunfar en la batalla por la supervivencia”*. Sus palabras bien pueden ser aplicables a nuestro país. Y el Primer Ministro Winston Churchill afirmaba a su vez: *“El talento tecnológico*

es probablemente la necesidad más urgente de toda nación libre". Todos sabemos que el siglo XXI ha sido definido y proyectado como el siglo de la *"Sociedad del conocimiento"*, porque éste jugará el papel definitivo. Y para ninguno es una novedad el hecho de que en este siglo el gran renglón del comercio no van a ser los recursos naturales, sino los productos elaborados y sobre todo los productos tecnológicos. Ciencia y tecnología conformarán el futuro de nuestros pueblos. Recientemente, sin embargo, en una visión futurista la revista americana *"Time"*, en su edición del 19 de mayo del 2000, afirmaba que tras la era tecnológica y de la información, serán la *"bio-tecnología"* y la

"bio-economía" las que marcarán la pauta del futuro. Y así como *"El principal problema de la era de la información es la intimidad: en la bioeconomía será la ética"*.²

Pero no podemos olvidar lo que científicos como Einstein han afirmado a propósito de la ciencia y la tecnología: *"La ciencia sin la filosofía es ciega, pero la filosofía sin la ciencia es muda"*. Esto nos abre a la necesidad del cultivo de todas las ciencias humanas que, a la manera de la filosofía, nos permitan superar lo meramente cognitivo y funcional y nos abran a las dimensiones de la sabiduría, que es lo que en definitiva hace que la ciencia y la técnica sean verdaderamente humanas. No basta tener excelentes científicos y técnicos; si ellos no son auténticos seres humanos, resulta altamente inconveniente y peligroso.

Un nuevo proyecto de cultura, entendida ésta desde el punto de vista clásico, exige, pues, sin duda alguna, la formulación y puesta en marcha de claras políticas de promoción de la ciencia, la investigación y la tecnología, que corran parejas con políticas de fomento y promoción de las ciencias humanas y sociales y con el cultivo del arte, la literatura, la música, la historia y la filosofía. Dichas políticas han de estar orientadas, desde luego, por líneas generales, pero claras y precisas, que indiquen los derroteros por los cuales debe transitar nuestra sociedad: por ejemplo, cómo entrar y en qué condiciones a la sociedad del conocimiento y la sociedad globalizada que quiere ser al mismo tiempo pluralista; qué significa para nosotros insertarnos en esta sociedad y cómo realizarlo, es una de los grandes cuestionamientos que debemos ayudar a iluminar desde la academia.

4. Necesidad del proyecto de una nueva cultura en sentido cotidiano

Teniendo presente todo lo anterior, al hablar de un nuevo proyecto de cultura, quisiera, sin embargo, poner el énfasis en el concepto empírico de cultura; o si preferimos, en la que podríamos llamar la cultura popular, que nos cobija a todos nosotros, seamos o no cultos en el sentido clásico. Aquí se trata no sólo de la cultura de los estratos populares, sino también de la cultura de las llamadas élites socio-económicas.

Para adentrarnos en esta temática, quizás podría ayudarnos la siguiente pregunta: una vez concluido el proceso de paz, cuya culminación tanto ansiamos, y acordada ésta por los grupos beligerantes, el gobierno y la

² Stan DAVIS y Christopher MEYER, “*Qué reemplazará la Economía Tecnológica?*”, TIME, mayo 19 de

sociedad civil, cuál será el tipo de cultura que podrá sostener esos acuerdos y evitar que caigamos en una nueva era de violencia y de guerra? En otras palabras, cómo no repetir nuestros errores y cómo avanzar en una línea de decidido progreso material y humano?

En el reciente Seminario sobre “*Cultura y Economía*”, realizado en la Biblioteca Luis Angel Arango, durante los días 17 a 19 del presente mes de mayo, la investigadora mexicana Alejandra Moreno Toscano, hablando de lo inmediato, de lo cotidiano, de la cultura popular, afirmaba:

*Algunos parten de la idea de que cultura es la producción de cosas (tangibles e intangibles) que se deben proteger, conservar y revalorar. Sin embargo, aunque deje huellas, la cultura no es una “cosa”, sino el complicado proceso de construcción de significados que vincula a cada sociedad y generación con su realidad y le da sentido.(...) Los circuitos que actualmente favorecen la transmisión de la cultura son demasiado restringidos. Están vueltos al pasado y más interesados en la difusión de la “alta” cultura que en los procesos de recreación cultural.*³

Estos procesos de recreación cultural, que le han de dar significación a nuestra sociedad y a nuestra generación de hoy, y las han de vincular con

2000, Separata de EL TIEMPO, 19 de mayo de 2000, p.6.

³ Periódico EL TIEMPO, 19 de mayo de 2000, pág. 2-16

nuestra realidad dándole sentido, son los que debemos empeñarnos en realizar.

Pero esto hace surgir una pregunta preliminar: ¿Es programable la cultura? ¿Es posible planificarla, de modo que podamos hablar de un “proyecto” de cultura?

Lo primero que es necesario afirmar es que la cultura tiene un alto grado de espontaneidad. Ella es la manifestación de la vida que brota de su misma fuente, es decir, de sus raíces genéticas, étnicas, ambientales, geográficas, históricas. Esto es lo que constituye la idiosincracia y el genio propio de un pueblo; es el resultado de un hecho vital imperativo. Pretender reprimirlo sería mutilar y asesinar a un pueblo. Pero si la espontaneidad es irreprimible, sí es posible encauzarla, orientarla y dirigirla. Es aquí donde debe entrar la reflexión sobre nuestras raíces y también sobre nuestras taras ancestrales. Porque la cultura no es simplemente fruto de la espontaneidad; es también fruto de la razón y de la libertad. La cultura obviamente se crea y es objeto de nuestra libertad.

Por otro lado, la cultura puede tratar de “imponerse” en forma dictatorial e imperialista. Campañas de mentalización y lavado de cerebro; leyes represivas y empleo de la fuerza brutal, han logrado imponer costumbres y formas externas de proceder. La historia mundial ofrece de ello claros ejemplos antiguos y recientes, siempre dolorosos. Pero la imposición no

logra transformar el sentir de los pueblos; su alma y su carácter son más fuertes que una imposición temporal. Más efectivos son los métodos sutiles de campañas bien orquestadas que van penetrando poco a poco en el sentir de la gente, y van socavando su verdadera identidad. Desafortunadamente estos métodos son con frecuencia extraordinariamente atractivos y cuentan con la fuerza de la

fascinación de medios como la música y la televisión. El fenómeno de la globalización, ante el cual nos encontramos, la cultura de la sociedad del consumo, etc., son claros ejemplos de esta metodología sutil y engañosa.

La cultura, pues, no debe ser impuesta de manera dictatorial, ni imperialista, ni sutil. Pero sí puede ser propuesta e inducida como un llamado y una invitación a la libertad individual y colectiva de los pueblos, de acuerdo con su propia idiosincracia. La cultura puede crearse, y nuevas culturas pueden nacer, así como antiguas culturas se han extinguido y han muerto.

En este sentido la cultura puede ser planificada y proyectada en el diálogo y la convivencia. En consecuencia, esta planificación y proyecto deben ser una construcción colectiva, consciente y deliberada, en lo que toca a los elementos fundamentales que constituyen la cultura, a saber, sus principios y valores; y debe apelar a lo más noble y elevado del alma de cada grupo humano.

Parte integral de este proyecto ha de ser la pedagogía apropiada para el “cultivo” de tales principios y valores, los procesos y procedimientos y aun las mismas estrategias que hay que emplear. Es en este sentido como ha

venido trabajando, por ejemplo, en el campo del comportamiento humano la llamada “Ética dialogal” o “comunicativa”, o civil, que pretende construir acuerdos colectivos mínimos, principalmente en la línea de formulación de los principios por los cuales ha de regirse una colectividad. Las bases teóricas de esta ética y los procedimientos concretos que hay que emplear para lograr la participación de los afectados por dichos acuerdos, pueden servir de inspiración para la formulación de un nuevo “proyecto de cultura”.

5. La transición a una nueva sociedad

Luis Jorge Garay, en su reciente libro “*Construcción de una Nueva Sociedad*”, afirma que para hacer la transición,

Se parte de la convicción de que resulta necesario erradicar unos problemas societales básicos cualquiera que sea el proyecto de sociedad deseado por decisión y compromiso colectivo, bajo una direccionalidad y un sentido de modernidad socialmente autogestionada y autotransformadora. Además se presume la potencialidad de fuerzas sociales convencidas de la necesidad de

construir una nueva sociedad en Colombia, algunas de ellas dispuestas a adquirir la responsabilidad de promocionar dinámicas sociales incluyentes para la discusión,

*concientización y compromiso, a nivel individual y colectivo, de propuestas y acciones esenciales para afrontar el proceso de definición e implantación de un nuevo ordenamiento económico, político y social en el país.*⁴

6. El programa de la Universidad Javeriana como fuerza social

Creo que estas reflexiones pueden ayudarnos a concretar nuestro propósito de realizar un “*Nuevo Proyecto de Cultura*”. Traduciendo a nuestras reflexiones lo anterior, nuestro programa como Universidad consistiría fundamentalmente en promocionar dinámicas sociales que procuren dos cosas: 1) la erradicación de problemas o vicios sociales básicos ; y 2) la proposición de principios y valores que permitan la implantación de un nuevo orden económico, político y social en el país.

Como decíamos arriba, la cultura es el conjunto de principios, valores, actitudes, costumbres y formas de expresión de una determinada sociedad. Lo determinante aquí son los principios y valores; de ellos se derivarán, en efecto, las actitudes, costumbres y formas de expresión.

Para avanzar en el desglose del programa, quiero referirme en primer lugar a **los principios**. Estos son formulaciones conceptuales que definen la

⁴ Luis Jorge GARAY, “*Construcción de una Nueva Sociedad*”, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1999.

naturaleza o las formas de actuar de una realidad determinada. Pueden ser simplemente objetivos, en cuanto formulan lo que es la realidad y su manera de actuar, como por ejemplo los principios matemáticos, o las leyes químicas y físicas. Los principios pueden ser también propositivos o convencionales en cuanto formulan la voluntad, el deseo o la orientación en que se pretende que proceda o se desarrolle una determinada realidad personal o social. Tales son, por ejemplo, los imperativos morales, las políticas de un gobierno, las leyes de un país. Son principios, en este sentido, formulaciones como las siguientes:

“No matarás”; “El hombre es un ser social”, “El sistema político más perfecto es la democracia.” “Los conflictos han de resolverse pacíficamente”.

Algo diferente son **los valores**. Estos no se ubican en lo puramente conceptual o racional, ni son solamente objetivos. Los valores tienen un fuerte componente afectivo y emotivo, pues tocan la sensibilidad de la persona. . Los

valores son cualidades estructurales de las cosas que excitan en las personas reacciones afectivo-emotivas de aceptación o rechazo, de aprecio, desprecio o

indiferencia. Los valores se hallan, pues, encarnados en realidades concretas (cosas o personas) y su amabilidad, anclada en la realidad, depende también de la sensibilidad de cada uno. Por ello es indispensable formar la sensibilidad de manera que se haga capaz de apreciar determinados valores. Así como es preciso formar la sensibilidad poética, musical, o artística en general, para poder apreciar los valores estéticos, así también es

indispensable formar la sensibilidad política, ética y moral, para poder apreciar los valores de la convivencia social y de la vida cotidiana.

Pero al hablar de la cultura es preciso referirnos a las diversas clases de valores y de alguna manera también a su estructuración. Otros hablarán, en este mismo sentido, de la jerarquía o escala de valores.

7. Categorías y estructuración de los valores⁵

Existen ante todo los **valores vitales**. Ellos se encarnan en la vida biológica misma, que es, en su estructura básica, lo más apreciable del ser humano y produce una reacción afectivo-emotiva de adhesión instintiva en todo ser humano. En consecuencia, su apreciabilidad no puede ser únicamente referida a la propia individualidad, sino a la de todos los seres humanos. En la vida biológica se encarnan los demás valores vitales: el alimento, la salud y todo lo relacionado con ella: la higiene, la vivienda, el trabajo, y en una palabra, el bienestar en general. Expresado en otros términos, los valores vitales son

aquellos que corresponden a las necesidades básicas del ser humano desde el punto de vista biológico.

Pero la vida biológica no puede conservarse ni desarrollarse de manera adecuada sin una suficiente educación que permita manejar los elementos que

⁵ Tomo la idea de esta “estructuración” de los valores de Bernard LONERGAN, “*Método en Teología*”, traducción de Gerardo Remolina, S.J. Sígueme, Salamanca, 1998.

influyen en ella. En otras palabras, los valores vitales son todas aquellas realidades que permiten una vida biológica digna de seres humanos. ¿No será posible ponernos de acuerdo en estos valores vitales mínimos y comprometernos a respetarlos, posibilitarlos y promoverlos?

Lo anterior, sin embargo, no es posible sin la promoción de los que denominamos **valores sociales**. Dado que el hombre sólo puede vivir y realizarse en sociedad, los valores vitales sólo son alcanzables dentro de una sociedad organizada en orden a su obtención. Es aquí donde se ubican y estructuran los valores sociales. Estos son los que permiten que la sociedad se

organice de tal manera que los valores vitales sean alcanzables. Son valores sociales, por ejemplo, la solidaridad, la justicia, la honestidad, el respeto por la dignidad de la persona humana, el orden, la democracia y la legitimidad de las instituciones. No sería posible ponernos de acuerdo colectivamente en un número mínimo de valores sociales que es preciso promover e impulsar?

A su vez, los valores sociales necesitan para su realización de los **valores culturales**, entendidos éstos en el doble sentido que indicábamos anteriormente. En primer lugar en el sentido empírico: las tradiciones y costumbres, las actitudes y modos de valorar y proceder, las instituciones que brotan de la idiosincracia misma de los pueblos, etc. Pero sobre todo, son indispensables los valores culturales que brotan del cultivo refinado del espíritu humano: de la razón, del intelecto, de la sabiduría, de la ciencia y de la sensibilidad humana, es decir de la estética. Son estos valores culturales los que nos permiten juzgar y reorientar los valores sociales, ejerciendo sobre

ellos una labor crítica, de manera que contribuyan efectivamente a un ordenamiento de la sociedad y permitan el logro de los valores vitales.

Todo lo anterior, sin embargo, no será posible sin los **valores personales**, es decir, sin los valores que tocan a cada persona en particular. No es posible sanear los valores sociales ni ejercer sobre ellos una función crítica si no se da la sanidad fundamental de cada uno de los miembros de la sociedad. Es aquí donde se ubica la imprescindible labor de la educación. El alma de un pueblo seguirá enferma mientras no se cure el alma de quienes lo constituyen. Estos valores personales van desde la sanidad psicológica hasta la sanidad ética, moral y espiritual.

Finalmente, una garantía fundamental para el logro de los valores personales, y una fuerte condición de posibilidad para ellos, la ofrecen **los valores trascendentales** o religiosos. Efectivamente, existe en el corazón del hombre un lugar recóndito para el misterio, para lo sagrado, para aquello que, precisamente porque lo sobrepasa, lo invita y estimula a superarse y le permite abrirse a un horizonte de la más elevada realización humana. En expresión

afortunada de un místico anónimo, el ansia de Dios es “la huella profunda de una búsqueda indispensable, necesaria: la del Absoluto, del cual todos nosotros llevamos el deseo como una herida...”

8. La tarea de la Universidad Javeriana y nuestro Simposio

Cada día recibo un promedio de cinco o seis invitaciones para participar en foros, seminarios, simposios, congresos nacionales e internacionales. La mayoría de ellos giran alrededor de la misma temática: la crisis de la sociedad – nacional o mundial- y la manera de solucionarla. A estos eventos se llevan extraordinarias ponencias y en ellos se debaten ideas de indudable importancia.

Ante esta proliferación de eventos, de la cual éste podría ser uno más, muchas veces me he preguntado si no existe una inflación del pensamiento y una impresionante recesión de la praxis, cuestión a la que me siento inclinado a responder afirmativamente.

En consecuencia, propongo que el Simposio Javeriano que estamos iniciando sobre “*La realidad y el Futuro de Colombia*”, sea fundamentalmente un taller que nos permita pasar de la teoría a la praxis. Necesitamos, desde luego, la iluminación teórica y el análisis conceptual; pero necesitamos sobre todo la concreción de lo que debemos hacer y de el cómo realizarlo. Quisiera aprovechar de nuevo una reflexión de Garay:

Un propósito privado-colectivo-público para la construcción de una “nueva” sociedad no surge solamente de la bondad intrínseca de la

razón, porque si así fuera, ninguna sociedad enfrentaría serios problemas ya que siempre existirán “privilegiados razonadores” que podrían concebir el proyecto societal ideal.

*Un contrato social para ese propósito surge de un **proceso de concientización, convicción y compromiso** y una **acción política***

de índole privada-colectiva pública para la transformación de la sociedad. (Subrayados míos).

*La transición a la construcción de sociedad no resulta de la negociación entre unos pocos privilegiados alrededor de temas particulares, sino que se trata de la deliberación reflexiva, la asunción de compromisos y la realización de acciones societales alrededor de la problemática social y de su transformación de manera integral y comprensiva.*⁶

Encontrar la **metodología de acción** adecuada para lograrlo, con base en serios análisis sobre los vicios que es preciso erradicar y sobre los principios, valores y actitudes que es necesario generar, es la tarea de este Simposio que estamos iniciando y que exigirá nuestro compromiso y el aporte de nuestra inteligencia y creatividad en los próximos meses. Identificar principios claves para responder a la crisis, encontrar la forma pedagógica de convertirlos en valores, comprometiendo la afectividad, e idear estrategias pedagógicas para transmitirlos, es el reto que queremos afrontar.

Deseo terminar esta intervención con la sentencia de uno de los clásicos latinos. *“Opus magnum et difficile quis negat; quid autem et praeclarum non idem arduum?”*. “Quién niega que se trata de una obra grande y difícil; pero qué hay verdaderamente preclaro que no sea al mismo tiempo arduo?”

⁶ Luis Jorge GARAY, op.cit. p.73

Muchas gracias !